

ARON, Raymond. **Memoires**. París: Julliard, 1983.  
790 pp.

Las *Memoires* de Raymond Aron fueron publicadas el 2 de septiembre de 1983, casi un mes antes de su muerte y abarcan el período de 1930 hasta la actualidad.

Conocíamos, a través de su obra, al analista del mundo contemporáneo, pero el hombre siempre

había permanecido discreto sobre su vida. En la primera parte de *Memoires* por primera vez habla de sí y de los suyos.

Recuerda su infancia en Versalles y sus partidos de tenis y de bridge con sus hermanos y primos y de cómo perdió la pasión por estos juegos, en el momento en que descubrió la filosofía y el mundo de las ideas, y de lo maravillado que se sintió el día de su ingreso a la Normal Superior en donde encontró a "tantos hombres inteligentes en tan pocos metros cuadrados".

Nos habla de los "normalistas" más admirados de su generación: Jean-Paul Sartre y Paul-Yves Nizan, que posteriormente no decepcionarían a sus admiradores y guarda el recuerdo de la satisfacción de su amor propio el día que se enteró, por un tercero, que los dos lo habían colocado del "lado bueno de la barricada".

Aron pertenecía a una generación cuya infancia y adolescencia sufrieron la Primera Guerra Mundial y que en su edad madura iban a enfrentar la Segunda. En un artículo publicado por él, en la Revista *Europe*, en el año 1933, a propósito de los judíos, y de Hitler, recomendaba a los primeros el exilio inmediato. Aron no preveía la "solución final" —¿quién podía imaginarla en 1933?—, pero sí bien, en esa época, no anunció la "solución final" sí advirtió a los judíos que el III Reich no les daría ninguna oportunidad, que la voluntad del Nacional-socialismo era clara: pretendía no sólo suprimir el poderío económico y político de los judíos, sino proletarizarlos.

De su amistad con André Malraux nos dice que, a pesar de que éste no era militante comunista, durante la guerra actuó como su compañero de ruta y que si la amistad resistió a las divergencias políticas se debió, tal vez, a que con la ascensión de Hitler al poder, se había creado una especie de "unión sagrada de la izquierda" fundada en el anti-fascismo. A pesar de Stalin y a causa de Hitler, todo el mundo colocó el comunismo junto a los aliados.

En la segunda y tercera parte de *Memoires*, Aron revela poco de sí mismo, más bien se dedica a darnos una visión de su época y de la evolución de su pensamiento y es en esta parte que la obra cobra su verdadera importancia.

Dos capítulos destacan especialmente: el que se refiere al General De Gaulle y el que habla de lo que él llamó el fin de la hegemonía americana.

Del General nos dice que siempre rechazó situar a Francia en uno de los dos bloques y que de su alianza con la Alemania de Adenauer y de la fabri-

cación de armas nucleares (en la cual la RFA participa financieramente) surgió una Europa autónoma y no reducida a ser un fragmento del bloque occidental.

Habla de De Gaulle como el creador del "anti-americanismo", y aunque en los momentos de crisis manifestó su solidaridad con occidente, la mayor parte del tiempo pensó que Francia estaba igualmente amenazada por los dos grandes. Acostumbró a los franceses a equivocarse de enemigo y a que éstos vieran a la URSS como aliada y a los Estados Unidos como el grande que pone en peligro la independencia de Francia.

Nos dice que, aun hoy, 13 años después de su muerte, la diplomacia francesa está medio paralizada por esta inversión de roles. El General apareció ante los ojos del mundo y en particular del Tercer Mundo, como el representante del país que se enfrentó al "imperialismo americano".

En cuanto al fin de la hegemonía americana, la situación en la época del gobierno republicano de Richard Nixon, cuando la opinión pública americana y europea comenzaba a tomar conciencia de la modificación de la relación de fuerzas en favor de la Unión Soviética. Con los acuerdos Salt 1, Estados Unidos aceptaba que la URSS tenía una superioridad de un 40% en números de proyectiles, compensado por la superioridad americana en cabezas nucleares. Sin embargo, tres años después, los soviéticos disponían también de misiles Mirv, superiores a los americanos por la potencia explosiva de sus cabezas nucleares.

La política de Kissinger, aparte del acercamiento con Pekín, no cambió de hecho aquella que Estados Unidos había mantenido desde 1947. Aron no dio mucho crédito a Kissinger como gran hacedor de la política exterior norteamericana.

Nos dice que Kissinger creía en la "detente", entendida ésta como una serie de acuerdos por medio de los cuales creía poder domesticar al monstruo revolucionario. Sin embargo, este concepto exigía unos Estados Unidos fuertes y vigilantes, dispuestos, en todo momento, a responder a toda tentativa de agresión de Moscú y que, a partir del punto en que esta política comenzara a reflejar a un país débil y cansado, estaría condenada al fracaso.

Kissinger, en el poder, osciló entre dos actitudes, que él creía incompatibles: por un lado, una política de contención del comunismo en Chile, Italia y Angola y, por el otro, una política de concertación de tratados de limitación de armas estratégicas, acuerdos comerciales y técnicas de co-

operación americano-soviéticas. Sus logros fueron muy imperfectos.

Con esta obra y con la muerte de Aron, se cerró un ciclo del pensamiento universal en lo que concierne a la política, a la economía y a la sociedad y

de ahora en adelante será imposible estudiar los asuntos internacionales, sin referirse a él.

*Pilar Muñoz*